

26 de la calle de las Huertas y no hace falta decir más. ¿O es que no vamos a saber ahora quién hacía y dónde vendían el unguento de canutillo?

Se va activando la vida de la Villa y aparecen obras por otros puntos.

Joaquín Ubeda Alaminos solicita que se le venda un trozo de vía pública colindante con la casa que le pertenece en la Plaza de las Almireces.

Blas Tajuelo y otros vecinos solicitan la alineación para unas casas que piensan construir a espaldas de la calle Nueva. Debe entenderse no a espaldas sino al costado dando a la Cruz Verde.

A espaldas había un gran camino, impuesto por la entrada de la Estación, el cual, cambiada la entrada, se convirtió en amplia calle, que al no poder cruzar ya al Paseo, fue acaparada por la industria vinícola y llamada certeramente, por esa causa, calle de las Bodegas. ¿Cómo no percibiría el Ayuntamiento esa raíz castiza y la cultivaría? Porque el Marqués de Mudeña, muy justamente galardonado, debería haberlo sido a espaldas de su bodega, desde la Cruz Verde hasta la calle de Salamanca, su compañero de empresa al traer la vía, pero no en este primer trozo que empezó aromatizando la bodega de la Fonda y absorbieron íntegramente Ricardo, Zulaica, Coca y Cano.

Tal vez se diga que por no hacer más calles, pero esa variedad, cuando está legitimada por inclinaciones entrañables del alma popular, implica riqueza y realce y es una falta llegar a ellas con el rasero implantando una uniformidad funcionalista carente de vida, de calor, de propiedad, como pasó en la Cruz Verde al prolongarla hasta la ca-

rrertera de Herencia y además con lo de Rondilla, desoyendo totalmente la tradición, el uso y la justicia de que las aguas tuvieran su calle, las aguas de Alcázar, que como la Estación y el Ferrocarril, no son unas aguas ni una Estación como las demás, que vienen y las hacen, sino unas aguas y una Estación que Alcázar se ha sacado de las entrañas dándoles su vida y nada más razonable que eso se vea permanentemente hasta en las esquinas, en recuerdo de nuestros antepasados, en honor de sus obras y en agradecimiento del bien que nos legaron.

Ceferino Tapia pide la alineación de su casa esquina de las calles Resa y San Francisco.

Basilio Jiménez para la suya de la calle de la Unión, 5.

Tomás Montealegre para la de la calle Morón.

Antonio Román para una casa en la calle «que se está formando de nueva planta, sin nombre conocido y que desemboca en el arroyo de la Mina, en un terreno comprado a Antonio Chocano, deseando agregarle una pequeña parcela para alinear con los edificios inmediatos —la parcela medía 151 varas y se tasó en 76,50.

Elías Morollón, Benito Galán y Ruperta Agenjo piden «que se les conceda la pequeña porción de terreno que existe frente a las fachadas de sus casas en la Placeta de las Almireces, con lo que se alinearía aquel trozo de calle que en la actualidad ofrece poca seguridad por la rinconada que hace».

Estos temores eran muy frecuentes y no un pretexto para adquirir el terreno, aunque les conviniera; era mayor el temor que el egoísmo.

Manuel Olivares el carpintero y Jesús Ortega el practicante pidie-